

Navidad, tiempo de reconocer la voz de Dios en nuestro interior

«Ha aparecido la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres»

Tt 2,11

Por ANA MARÍA BALDRICH y RUBÉN GRAVIÉ

Nos acercamos al final de año y con él, al arribo de las fiestas navideñas con su previo período de preparación espiritual para limpiar esas telarañas y hojarasca que empañan y ensucian ese recinto sagrado de la conciencia humana, donde el Dios de la ternura y la bondad quiere habitar para darnos esa fuerza para vencer las dificultades que los altibajos de la vida nos presenta, para darnos paz, serenidad, para vencer esas sombras que con tanta frecuencia nos rodean y nos agobian, para darnos esa fe para confiar en su paternidad siempre amorosa, providente...y para Él que, enajenados por las abundantes y siempre presentes adversidades en nuestra Cuba de hoy, casi no le dejamos espacio para refugiarnos en su misericordia.

Sin embargo, a pesar de nuestras caídas, culpas y ofensas, al igual que en la parábola del hijo pródigo, el Padre bueno, infinitamente pacientemente, con los brazos abiertos siempre nos espera, porque como se pregunta el apóstol Pablo ¿qué nos puede separar del amor que Dios siente por cada uno de nosotros, independientemente de nuestras ofensas?

El Adviento es ese periodo que nos reserva la Iglesia para que de manera especialmente seria y honesta repasemos nuestro actuar y nos preguntemos ¿qué hemos alcanzado basados en cosas que están lejos de Dios en aras de lograr la paz, la serenidad, la verdadera felicidad en nosotros, en nuestra familia, en nuestra vecindad...en fin, entre todos los que nos rodean? ¿Hasta cuándo estaremos ignorando a ese Dios que tanto nos ama? ¿Qué nos propondremos rectificar para demostrarle nuestro arrepentimiento y recuperar ese estado de gracia que tanto bien nos hace porque nos acerca a la fuente de toda bondad y paz que es Él?

Ese Dios que en una aldeíta pobre, lejana al esplendor de un mundo rico y poderoso como era el romano de esa época, se hace criatura desvalida, en una familia pobre, llena de dificultades materiales de todo tipo, nos mira implorando nuestro amor y ante la cual se conmueven las más hondas fibras de nuestro corazón. Este es el signo de siempre para encontrar a Jesús. No sólo hace unos 2000 años sino también hoy. Si queremos celebrar la verdadera Navidad, contemplemos con el corazón limpio: la sencillez frágil de un

niño recién nacido, la dulzura de verlo recostado, la ternura de los pañales que lo cubren. Allí está Dios, el Rey del Universo.

Es una noche de alegría, porque dese hoy y para siempre Dios, el Eterno, el Infinito es Dios con nosotros: no está lejos, no hay que buscarlo en el cielo, es cercano, se ha hecho hombre y no se cansará jamás de nuestra humanidad, que ha hecho suya.

Así como el sol despeja las tinieblas durante el alba, la presencia de Cristo irrumpe en las tinieblas del pecado, el mundo, el demonio y de la carne para mostrarnos el camino a seguir. Con su luz nos muestra la verdad de nuestra existencia. Cristo mismo es la vida que renueva la naturaleza caída del hombre y de la naturaleza. La Navidad celebra esa presencia renovadora de Cristo que viene a salvar al mundo.

La Iglesia en su papel de madre y maestra por medio de una serie de fiestas busca concientizar al hombre de este hecho tan importante para la salvación de sus hijos. Por ello, es necesario que todos vivamos con recto sentido la riqueza de la vivencia real y profunda de la Navidad.

El poder de un Niño, Hijo de Dios y de María, no es el poder de este mundo, basado en la fuerza y en la riqueza, es el poder del amor. Es el poder que creó el cielo y la tierra, que da vida a cada criatura: a los minerales, a las plantas, a los animales; es la fuerza que atrae al hombre y a la mujer, y hace de ellos una sola carne, una sola existencia; es el poder que regenera la vida, que perdona las culpas, reconcilia a los enemigos, transforma el mal en bien. Es el poder de Dios. Este poder del amor ha llevado a Jesucristo a despojarse de su gloria y a hacerse hombre; y lo conducirá a dar la vida en la cruz y a resucitar de entre los muertos. Es el poder del servicio, que instaura en el mundo el reino de Dios, reino de justicia y de paz.

Por esto el nacimiento de Jesús está acompañado por el canto de los ángeles que anuncian: «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que Dios ama» (Lc 2,14).

Hoy este anuncio recorre toda la tierra y quiere llegar a todos los pueblos, a todas las familias para que en ellas reine la vida en abundancia y el amor ante el cual todas las dificultades palidecen haciéndose más llevaderas. ¡Que así sea!